

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Un cementerio.

Entran dos sepultureros con azadas, etc.

PRIMER SEPULTURERO.

¿Y ha de enterrarse en sagrado la que voluntariamente se fué al otro mundo?

SEGUNDO SEPULTURERO.

Te digo que sí; y, por lo tanto, apresúrate á cavar su sepultura: la justicia ha intervenido, decidiendo que se entierre entre cristianos.

PRIMER SEPULTURERO.

¿Cómo puede ser eso; á menos que se alagara en defensa propia?

SEGUNDO SEPULTURERO.

Pues así está decidido.

PRIMER SEPULTURERO.

Yo sostengo que ha sido «se offendendo» y no otra cosa. La cuestión es esta: ahogarse adrede implica un acto, y todo acto se divide en tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar; ergo, se ahoga adrede.

SEGUNDO SEPULTURERO.

No tal, escuche el señor cavador...

PRIMER SEPULTURERO.

Permíteme. Aquí está el agua; corriente: aquí está el sujeto; corriente: si el sujeto á este agua va y se ahoga, que quiera, que no quiera, va. Ten esto presente; pero si el agua va al sujeto y lo ahoga, entonces no se ahoga á sí mismo: ergo, quien no es culpable de su propia muerte, no ha acertado sus días.

SEGUNDO SEPULTURERO.

Pero ¿es eso ley?

PRIMER SEPULTURERO.

Por supuesto; es la ley de la justicia

SEGUNDO SEPULTURERO.

¿Quiere que te diga la verdad? Si no hubiese sido una señora, la hubieran enterrado fuera de sitio santo.

PRIMER SEPULTURERO.

Y vaya si es así. Pues no es justo que las gentes de la alta clase tengan mejor derecho que los demás cristianos para ahogarse ó ahorcarse. Vamos, venga mi azada. Es la profesión más noble y más antigua la de jardineros, cavadores y sepultureros: usan las herramientas de Adán.

SEGUNDO SEPULTURERO.

¿Pero Adán usaba herramientas?

PRIMER SEPULTURERO.

¿Ere hereje acaso? ¿Cómo entiendes tú las Sagradas Escrituras? Allí se dice «Adán cavaba.» ¿Podía cavar sin herramientas? Vaya otro acertijo: si no lo aciertas online, a que eres un...

SEGUNDO SEPULTURERO.

Vete al diablo.

PRIMER SEPULTURERO.

¿Quié'n construye con más solidez que el albañil ó el carpintero?

SEGUNDO SEPULTURERO.

El que hace la horca; que sobrevive á mil inquilinos.

PRIMER SEPULTURERO.

Tienes ingenio; te digo francamente que la horca es buena respue ita; pero, ¿por qué es buena? Porque es buena para el que mal hace: ahora bien; tú haces mal en decir que la horca es fábrica más sólida que la igle i : ergo, quizás la horca sea buena para tí. Prueba otra vez.

SEGUNDO SEPULTURERO.

¿Quién construye con más solidez que el albañil ó el carpintero?

PRIMER SEPULTURERO.

Sí, señor, dímelo y quedas zafó.

SEGUNDO SEPULTURERO.

Aitá voy.

PRIMER SEPULTURERO.

Vamos andando.

SEGUNDO SEPULTURERO.

Voto va, no cnigo.

Entran HÁMLET y HORACIO, á distancia.

PRIMER SEPULTURERO.

No te aporrées más los sesos: no porque lo muelan á palos andará más aprisa el burro flojo; y, cuando otra vez te hagan esa pregunta, cont-sta á él sepultureró; pues las cosas que construye duran hasta el día del juicio. Anda, ve á la taberna, y tráeme un trago. *(Vase el segundo sepultureró.) (Cava y canta.)*

Al amor quedó rendido
De jóven mi corazón;
Sin embargo, de marido
Nunca tuve vocacion.

HÁMLET.

¿Será que este hombre no tiene sentimiento alguno de su oficio, cuando canta al cavar una sepultura?

HORACIO.

La costumbre ha hecho que se connaturalice con esa ocupacion.

HÁMLET.

Así es: la mano ociosa es la que tiene más delgado el tacto.

SEPULTURERO.

Mas la vejez sigilosa
Con su garra me atrapó,
Conduciéndome á la fosa,
Cual si fuese tierra yo.

(Saca una calavera.)

HÁMLET.

Lengua tuvo esa calavera, y tal vez pudo cantar. Como la arroja al suelo ese tunante, cual si fuese la quijada con que comió Cain el primer ases-

nato! Quizás sería la cabeza de un estadista; y ahora se halla bajo el imperio de este zopenco, cabeza que tal vez quisiera engañar á Dios mismo; ¿no es cierto?

HORACIO.

Quizás.

HÁMLET.

O la de un cortesano, que sabría decir «¡Buenos días, bondadoso señor mío!» «¿Como os hallais, mi querido señor.» Pudiera ser la del conde de tal, que celebraba el caballo del marqués de cual cuando queria que se le prestasen; ¿no es verdad?

HORACIO.

Sí, señor.

HÁMLET.

Por supuesto; y ahora, pasto de monseñor gusano, sin carne os veis; y os abofetea la pala del enterrador; ¡e-án grandes revoluciones veriamos aquí si tuviésemos ingenio suficiente para comprenderlas! ¿Tan fácilmente fueron creados estos huesos, como para servir de juego de bolos? Me d...elen los míos sólo al pensarlos.

SEPULTURERO.

(Canta.) Una pala, y una a-ada,
Lienzo que lo ha de envolver,
Y un hoyo como morada
Debe este huésped te-er.

(Saca otra calavera.)

HÁMLET.

Otra: ¿qué razon hay para que esa calavera no sea la de un abogado? ¿A dónde están ahora sus sutilezas, sus finas distinciones, sus escritas, sus protocolos y sus trampas? ¿Como permite que este llano aporrée su cabeza con su inmundia azad ni habla siquiera de demanda de agravio! ¡

¿Quizás fuera éste en su tiempo un gran comprador de tierras, con sus escrituras, con sus seguridades, sus registros, sus garantías y fianzas; y ¿es esta la seguridad de sus seguridades; la garantía de sus garantías; que venga á ocupar finísimo barro el hueco que ocupaban sus finísimos sesos? Sus fianzas sólo le añazan un pedazo de tierra, que podrían cubrir dos de sus escrituras. Los títulos de sus propiedades no cabrán donde él cupo; pero no por eso alcanzará más su sucesor. ¿No es cierto?

HORACIO.

Ni un punto más

HÁMLET.

¿Los pergaminos no se hacen de piel de carnero

HORACIO.

Sí, señor y de piel de ternero también.

HÁMLET.

¡Terneros y carneros son, pues, los que de ellos hacen aprecio! Voy á hablar á este hombre. Oye, tú, ¿de quién es esa fosa?

SEPULTURERO.

Mía. *(Canta.)*

Y un hoyo como morada
Debe este huésped tener.

HÁMLET.

Dídale que es tuya porque ahora ahí vives.

SEPULTURERO

Y como vos no vivís aquí, claro es que no es vuestra; yo, sin embargo, vivo aquí.

HÁMLET.

Pues está mal que digas que ahí vives, mientras vivas; esa morada es de muertos; no de vivos, y por lo tanto, micotes.

SEPULTURERO.

Como es mentira viviente, se va otra vez con vos

HÁMLET.

¿Para qué hombre la cavas?

SEPULTURERO.

No es para ningún hombre.

HÁMLET.

Corriente: ¿para qué mujer?

SEPULTURERO.

Tampoco es para ninguna mujer.

HÁMLET.

¿Á quien van enterrar?

SEPULTURERO.

Á una que era mujer, pero murió; descansa en paz su alma.

HÁMLET.

¡Qué escrupuloso es este tunante! Tenemos que hablarle con compás; cualquier ambigüedad nos pierde. Por mi vida, Horacio, lo vengo observando durante estos tres últimos años: nuestro siglo se va afinando de tal modo, que ya la planta del villano se acerca lo bastante para desollar los talones del señor.—¿Cuánto tiempo hace que eres sepulturero?

SEPULTURERO.

Desde una época célebre: desde el día en que nuestro último Rey Hámlct venció á Fortinbras.

HÁMLET.

¿Cuánto tiempo hace de eso?

SEPULTURERO.

¿No lo sabéis? No hay tonto que no lo sepa: fué el día mismo en que nació el joven Hámlet; el que está loco y han enviado á Inglaterra.

HÁMLET.

¡Vaya! y ¿por qué lo han enviado á Inglaterra?

SEPULTURERO.

¿Por qué? Porque estaba loco: allí recobrará la razón; y, si no, eso allí importa poco.

HÁMLET.

¿Por qué?

SEPULTURERO.

No lo echarán de ver; todos allí están tan locos como él.

HÁMLET.

¿Y como fué volverse loco?

SEPULTURERO.

De un modo raro, dicen.

HÁMLET.

¿Cómo raro?

SEPULTURERO.

Sí, señor, perdiendo el juicio.

HÁMLET.

¿Y sobre qué?

SEPULTURERO.

Sobre Dinamarca. He sido, entre mozo y hombre, enterrador treinta años.

HÁMLET.

¿Cuánto tiempo yacé un hombre bajo tierra sin corromperse?

SEPULTURERO.

Si no está podrido antes de morir (y hoy día enterramos á muchos que apenas aguardan el que se les eche en la fosa) durará unos ocho ó nueve años: un curtidor os durará nueve años.

HÁMLET.

¿Por qué más que otro?

SEPULTURERO.

Porque, á causa de su oficio, su piel está tan curtida, que el agua no le ataca en mucho tiempo; y el agua, cablero, es el gran destructor de esos trastos de cuerpos muertos. Aquí tenéis esta calavera: esta calavera ha estado en la tierra hace veinte y tres años.

HÁMLET.

¿De quién es?

SEPULTURERO.

¿De un hijo de tal más loco? ¿De quién creéis que era?

HÁMLET.

No lo sé.

SEPULTURERO.

Mal sabardillo en él; ¡y qué truhan era! Un vez me bautizó con un jarro de vino del Rin. Esta calavera, caballero, es la calavera de Yorick, el bufón del Rey.

HÁMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO.

Esta misma.

HÁMLET.

Déjame verla. *(Coge la calavera.)* ¡Ah, pobre Yorick! Lo conocí, Horacio. Era extremadamente gracioso y tenía fecunda imaginación: mil veces me llevó á cuestas, y ahora me horroriza y repugna. De aquí pendían aquellos labios que tantas veces besé. ¿Qué se hicieron tus bromas, tus caídas, tus canciones, tus chistosas salidas que hacían desternillar de risa á los circunstantes? ¿Ni una siquiera, ni aun para burlarte de tu propio gesto? ¿Estás del todo olvidado? Anda, ve al tocador de la señora, y dile que, aunque se ponga una mano de pintura de un dedo de espesor, en esto vendrá á parar. Hazla reír con eso. Horacio, contéstame á lo que te voy á preguntar, te lo suplico.

HORACIO.

¿Á qué, señor?

HÁMLET.

¿Crees que Alejandro ha tenido jamás esta traza?

HORACIO.

Por supuesto.

HÁMLET.

¿Y que ha olido así? ¡Puff!
(Coloca en el suelo la calavera.)

HORACIO.

Sí, señor.

HÁMLET.

¿Á qué viles usos podemos descender, Horacio? ¿Por qué no ha de poder la imaginación seguir la pista al noble polvo de Alejandro, ¡así encontrarlo sirviendo de tapon á un barril de cerveza?

HORACIO.

Investigación demasiado minuciosa sería.

HÁMLET.

No tal, nada de eso: no hay más que seguirlo naturalmente, y es probable que á eso vayamos á parar. Verbi gracia: Alejandro murió; Alejandro fue enterrado; Alejandro se convirtió en polvo; el polvo es tierra; la tierra es barro, y por qu... con ese barro en que se ha convertido, no ha de poderse tajar un barril de cerveza?

Muerto el gran César, puede barro inmundo.

Por ventura enlucir muro gritado,

¡Oh, que la tierra admiración del mundo

Llene un hueco al tuzar el ciezo helado:

Entran sacerdotes en procesión; el cadáver de OFELIA; Laertes y los dolientes lo siguen; el REY, la REINA y acompañamiento.

Mas ¡ silencio! silencio! Á retirarnos,

Que el Rey llega y la Reina con su corte.

¿Quién con ceremonial tan in omni letio

Es el que siguen? Tan escasa por ya

Proclan á que el difunto á su existencia

Témino puso con violeta mano.

Y era, sin duda, de e evada cl. se.

Quedemos aquí ocultos, y observemos.

(Retirándose con Horacio.)

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

HÁMLET.

Atento escucha,
Ese es Laertes, excelente jóven.

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

SACERDOTE.

En sus exequias
Nos hemos extendido hasta el extremo
Que nos es permitido: era dudoso
Su modo de morir, y, si no fuera
Por altas influencias más potentes
Que nuestras reglas mismas, se enterrara
Fuera de sitio santo, donde hubiera
Hasta el juicio final permanecido.
En lugar de piadosas oraciones,
Tiestos, guijos y piedras en su tumba
Se hubieran arrojado; mas que lleve
Su virginal corona se tolera,
Que se le arrojen flores, y aun que doblen:
Y el entierro...

LAERTES.

Qué, ¿nada más se hace?

SACERDOTE.

No más: profanaríamos el rito
Si un responso cantásemos ó un réquiem
A la difunta, como hacer debemos
Con las almas que en santa paz acaban.

LAERTES.

Colocada en la tierra; ¡de su hermoso
Y puro cuerpo brotarán violetas!
Y así te digo, sacerdote adusto,
Que mi hermana en el cielo será un ángel
Mientras tú estés bramando en los infiernos.

HÁMLET.

¡Ofelia! ¿Cómo?

REINA.

¡Con la flor las flores!

Arroja flores en la sepultura.

De mi Hámlet pensé que esposa fueras,
Y tu locho nupcial, preciosa virgen,
Ansias decorar, no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh maldición! ¡Oh! ¡maldición mil veces
Sobre aquel, cuyo golpe despiadado
Te privó de tu clara inteligencia!
Cesad de arrojar tierra: permitidme
Que la estrecho otra vez entre mis brazos!
(Salta á la sepultura.)
Sobre muertos y vivos echad tierra;
Y que este llano se convierta en monte
Más alto que el Pelion ó que el cerúleo
Olimpo gigantesco!

HÁMLET.

¿Quién es ese
Que con énfasis tal su duelo expresa.
Cuyas dolientes frases conjura: do
Las estrellas están, que detenidas
En su carrera atónitas lo escuchan?
Aquí el dinamarqués Hámlet se encuentra.
(Salta á la sepultura.)

LAERTES.

¡Tu alma sea maldita!

HÁMLET.

¡No rezas como debes! Te suplico
Que apartes ya tus dedos de mi cuello,
Que aunque no tengo hiel, ni tengo ira,
Algo tengo yo en mí que es peligroso
Y que debe imponer á tu prudencia.
Quita de mí esas manos.

REY.

Separados.

REINA.

¡Hámlet, querido Hámlet!

TODOS.

¡Caballeros!

HORACIO.

¡Por Dios, señor, templanza!

(Los servidores los separan y salen de la sepultura.)

HÁMLET.

¡Pues con él lucharé sobre este tema,
Mientras la luz penetre en mis pupilas!

REINA.

Hijo ¿qué tema, di?

HÁMLET.

Yo á Ofelia amaría
Cuarenta mil hermanos no pudieran
Con todo su cariño dar la suma
De mi amor.—¿Tú por ella, di, que harías?

REY.

Está loco, Laertes.

REINA.

Ten tolerancia. Por Dios Santo,

HÁMLET.

Vive Dios, ¿qué harías?

¿Llorarás? ¿Pelearás? ¿Ayunaras?
¿Te harás pedazos? ¿Beberás vinagre?
¿O comerás, cual yo, de un cocodrilo?
¿A pujar aquí vienes? ¿A insultarme
Metiéndote en su fosa? ¡Pues con ella

Queda enterrado vivo cual yo quedo!
Y, pues de montes hablas, que recubran
Nuestros cuerpos faneas á millones,
Hasta que queme en la región ignea
Su cresta el llano, y exorcencia solo
Parezca el Ojal! ¿Hablar tan sólo quieres?
¡Pues voces he de dar á la par tuya!

REINA.

Demencia sólo es; así en él obra
Momentos nada más su paroxismo:
Después, como la tórtola paciente
Al descubrirse su dorada cría,
Quedará silencioso y abatido.

HÁMLET.

Oídme, caballero. ¿Qué razones
Tieneis para tratarme de tal modo?
Siempre os quise; mas eso nada importa,
¿Cómo evitar, aunque á Hércules no cuadre,
Que maye el gato ni que el can le ladre? *(Va. e.)*

REY.

Te ruego, Horacio, yo que con él vayas.
(Vase Horacio.)
(A Laertes.) Fortifica, Laertes, tu paciencia
Con lo que anoche dije; arregiáremos
Para estas circunstancias el asunto,
Gertrudis, que vigilen á tu hijo.
Un monumento cubrirá esta tumba.
En brevehao de cesar males presenies;
(A Laertes.)
Hasta entonces, mostrémonos pacientes.
(Vase.)

ESCENA II.

Un salón en el Castillo

Entran HAMLET y HORACIO.

HÁMLET.

Pues bien: oírás ahora lo que sigue:
¿Recuerdas tú las circunstancias todas?

HORACIO.

¡Recordarlas, señor!

HÁMLET.

Dentro del pecho

Una especie de lucha sostenía
Que me quitaba el sueño; cual rebelde
Marinero en el copo me encontraba.
Audaz,—y bendecir la audacia quiero,
Porque el atrevimiento en ocasiones
Sirve mejor que los discretos planes,
Lo que debe enseñarnos que nos guía
Una deidad á nuestro fin prescrito.
Aunque lo desbastemos cual queramos.

HORACIO.

¡Cuán cierto es!

HÁMLET.

Del camarote subo

En mi capote de marino envuelto:
Entre la oscuridad los busco á tientas,
Y logro mi propósito: el paquete
Encuentro y á mi cámara retorno.

Mis temores olvidan cumplimientos;
Y el sello de esa cédula, atrevido
Rompi y en ella pude ver, Horacio,—
¡Oh truhanada de Rey!—entremezclada
Con copia de argumentos y razones,
Para probar que á la salud conviene
De Dinamarca y de Inglaterra misma,
Y muchos aspatientos y zozobras
Por cuenta mía, orden terminante
Para que luego, sin tardanza alguna,
Sin esperar á que se añile el hacha
Del verdugo me corten la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

HÁMLET.

Aquí está: leeráslo luego.
Pero ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Os lo suego.

HÁMLET.

Cercado así de infamias.

Aun antes que pensara en el prefacio,
Principiaron mis sesos la comedia:
Sentíme; y, nueva carta imaginando,
Con pulso la escribí. Pensé en un tiempo,
Como nuestros políticos, indigno
Escribir claro; y lo posible hice
Para olvidar la letra que tenía:
Pero al fin me ha survido grandemente.
Lo que escribí querrás saber ahora.

HORACIO.

Si tal, señor.

HÁMLET.

Con ardoroso empeño
El Rey al de Inglaterra suplicaba,
TOMO LXVIII.

Que así cual tributaria fiel le era,
 Que, así el amor entre ellos floraciese
 Cual la palma; y así por todo tiempo
 Su corona de espigas ostentase
 En su frente la paz, como que enlaza
 Recíproca amistad; con otros muchos
 Así, repletos de importancia suma;
 Al llegar esa cédula á sus manos,
 Sin debate, sin más explicaciones.
 A los dos emisarios que el escrito
 Llevaban, muerto en el instante diese,
 Y ni la confesión les permitiera.

HORACIO.

Y ¿qué sello pusisteis?

HÁMLET.

Hasta en eso
 Fue el cielo previsor, porque llevaba
 En mi bolsillo el sello de mi padre
 En todo igual al sello de ese escrito.
 Doblándolo el documento de igual modo,
 Lo suscribí; sellélo, y colocado
 En vez del otro, nada conocieron.—
 Ahora bien, en el siguiente día
 Ocurrió el abordaje; y tú ya sabes
 Lo que pasó después.

HORACIO.

Por lo que escucho
 Fin Rosencrantz y Guildenstern lograron:

HÁMLET.

Admitieron gustosos el empleo:
 No debe remorderme la conciencia:
 Son de su propia perdición la causa,
 Cuando dos fuertes amigos luchan
 Es peligroso que intervenga el débil
 Entre sus recios y sangrientos golpes.

HORACIO.

¿Qué Rey, qué Reyes estel

HÁMLET

Di zno piensas,
 Ponte tú en mi lugar, que así que ha matado,
 A mi padre, á mi madre se ha seducido.
 Que entre mis esperanzas se interpuso
 Y usurpó mis derechos, y vilmente
 Echó su anzuelo en la red de mi vida,
 Debía yo, tranquilo en mi conciencia,
 Su merecido dar con este brazo?
 Y ¿no es buscar la maldición del cielo,
 Permitir que este hermano cencer siga
 Causando más estragos?

HORACIO.

De Inglaterra
 Pronto tendrá noticias que túdi, ¿ven
 Cuál el éxito ha sido del asunto.

HÁMLET.

En breve; pero el interés es mío.
 Y la vida de un hombre es de un instante.
 Lo que lamento, mi querido Horacio,
 Es recordar cómo talto á Laertes,
 Pues en la imagen de mi causa veo
 Reflejarse la suya. He de buscarlo,
 Porque con él reconciliarme anido
 La extremidad de su dolor me puso
 Fuera de mí.

HORACIO.

¡Silencio! ¿Quién se acerca?

¡Entra OSRIC.

OSRIC.

Sea Vuestra Alteza muy bien venido á Dinamarca.

HÁMLET.

Mil gracias, señor mío. ¿Conoces á este abejerro?

HORACIO.

No, señor.

HÁMLET.

Tanto mejor para tí oprobio es conocerlo. Es señor de muchas y fértiles tierras; y, como animal, dueño de muchos animales, tiene su pesebre en la mesa del Rey. Es una corneja; pero, como digo, gran cosechero de estiércol.

OSRIC.

¡Mi querido señor! si Vuestra Alteza tuviese la dignacion de oírme, le transmitiría un mensaje de parte de Su Majestad.

HÁMLET.

Lo recibiré, señor mío, con toda diligencia de ánimo.—Que sirva vuestro sombrero para el uso á que está destinado. Es para la cabeza.

OSRIC.

Se lo agradezco á Vuestra Alteza: hace mucho calor.

HÁMLET.

No tal, creedme; hace mucho frío; el viento sopla del Norte.

OSRIC.

Es cierto: hace un frío muy regular.

HÁMLET.

Y sin embargo, siento el aire caluroso y opresivo para mi complexion.

OSRIC.

En efecto, señor: el aire está muy opresivo... como si dijéramos... no sé por qué causa.—Alteza, Su Majestad me ha encargado os significara que ha hecho una gran apuesta en vuestro favor. El asunto señor, es este.

HÁMLET.

Os suplico que... (*Haciendo ademanes para que se cubra.*)

OSRIC.

No, mi querido señor: es por conveniencia: con toda verdad lo aseguro á Vuestra Alteza.—Señor acaba de llegar á la Corte Aertes, que es, créalo Vuestra Alteza, un campidísimo caballero: las más relevante prendas le adornan; es su trato exquisito: y en extremo lucido. En verdad, que para hablar de él como se merece, debe apellidársele la flor y la nata de la gentileza; porque en él se aunan cuantas dotes son de desear en un caballero.

HÁMLET.

Señor mío, no estoy peais por cierto su definición; pero tengo la certeza de que se confundiría nuestra aritmética mental queriéndolo inventariar detalladamente; y quedaríamos á popa de buque de tan buena marcha. Pero, dentro de la verdad de la hipérbote, lo considero ser de raro mérito y la reunion en él de prendas tan raras y extraordinarias hacen, hablando de él como se merece, que su semejanza se halle sólo en su espejo: porque ¿quién lo puede alcanzar? su sombra, nada más.

OSRIC.

Vuestra Alteza habla de él de una manera enteramente infalible.

HÁMLET.

A propósito, señor mío, ¿por qué se entremezcla el nombre de este caballero con nuestros recíprocos alientos?

OSRIC.

¿Señor?

OSRIC.

¿No es posible entenderse en lengua cristiana? lo podéis hacer desde luego.

HÁMLET,

¿A qué viene nombrar á este caballero?

OSRIC.

¿A Laertes?

HORACIO.

Se le vaciaron los bolsillos; ya gastó sus palabritas de oro.

HÁMLET.

Si, señor.

OSRIC.

Sé que no ignorais...

HÁMLET.

Me alegra que lo sepais; pero, francamente, aunque no lo supiérais, vuestra opinión no me habia de aprovechar gran cosa.—¿Conque...?

OSRIC.

No ignorais cuán perfecto es Laertes...

HÁMLET.

No me atrevo á confesar tanto, no me fuera á comparar con él en perfeccion; porque conocer bien á un hombre, es conocerse uno á sí propio.

OSRIC.

Quiero decir; cuán perfecto es en el arte de la esgrima. Segun la voz de la fama, no tiene rival.

HÁMLET.

¿Qué arma es la suya?

OSRIC.

Daga y espada.

HÁMLET.

Esa son dos armas; pero vamos.

OSRIC.

Señor, el Rey ha apostado con él seis caballos de Berbería; contra los cuales él, segun entiendo, ha parado seis espadas y seis dagas francesas, con sus correspondientes accesorios; como cinturones, tahalles, y demás; tres de estos colgantes son de exquisito gusto y corresponden con las empuñaduras: son colgantes preciosísimos y extremadamente lujosos.

HÁMLET.

¿Qué entendeis por colgantes?

HORACIO.

Ya sab'yo que harian falta notas marginales antes que acabáramos.

OSRIC.

Los colgantes son los tahalles.

HÁMLET.

La frase estaria mejor aplicada si pendieran en vez de suspender; mientras tanto, mejor será que los llameis tahalles. Pero vamos á ver: seis caballos de Berbería contra seis espadas francesas con sus correspondientes accesorios y tres colgantes lujosísimos: esta es la apuesta del Francés contra el Dinamarqués. ¿Y por qué se ha parado esto, como vos decís?

OSRIC.

El Rey ha apostado que en doce golpes, él no gan...

ha de llevar de ventaja más de tres. Es decir, que por doce tuyas, vos dareis nueve estocadas, y se ha de ver desde luego, si Vuestra Alteza accede á darme respuesta.

HÁMLET.

¿Y si mi respuesta es, no?

OSRIC.

Quiero decir, si Vuestra Alteza accede á poner su persona á prueba.

HÁMLET.

Señor mio, pasearé aquí en la galería. Si Su Majestad gusta, cualquier hora es buena para mí. Que traigan las espadas, que si el caballero lo desea y el Rey sostiene su apuesta, haré cuanto pueda por ganar; y si no lo consigo, sólo ganaré mi humillacion y las estocadas de noaves.

OSRIC.

¿Me permitis, señor, que os esponga de esta mane a?

HÁMLET.

A ese afecto con cuantos adornos os sugiriere vuestra naturaleza,

OSRIC.

Me recomiendo, señor, á vuestra consideracion.

HÁMLET.

Todo vuestro, todo vuestro. *(Vase Osric.)* Hace bien en recomendarse; no habrá otra lengua que lo haga por él.

HORACIO.

Este ave fria se echa á volar llevándose el cascarron en la cabeza.

HÁMLET.

Sin embargo, tanteó la teta antes de mamar. Este (como muchos de la misma cria que conozco, y á quienes la inmunda sociedad adula) posee únicamente el compás de la época en que vive y los exteriores hábitos de la política. Son estas gentes una especie de espuma que traspassa las más sanas y mejor cimentadas opiniones; pero, ¡ay de ellas si se les pone á prueba y se les sopla la espuma se desvanece.

Entra un señor.

SEÑOR.

Señor, e joven Osric, que os ha visto de parte de Su Majestad, ha manifestado que estabais esperando en este salon. Su Majestad desea saber si estais dispuesto á luchar con Laertes, ó si quereis tomaros más tiempo.

HÁMLET.

No vario de propósitos: estoy á la disposicion del Rey. Si está pronto, yo tambien lo estoy; ahora ó en cualquier tiempo, con tal que me halle tan dispuesto como en este momento.

SEÑOR.

El Rey, la Reina, todos vienen.

HÁMLET.

Que vengan en buen hora.

SEÑOR.

La Reina desea que hagais alguna demostracion de afecto hácia Laertes antes de dar comienzo al duelo.

HÁMLET.

Dice muy bien. *(Vase el señor.)*

HORACIO.

Señor, vais á perder la apuesta.

HÁMLET.

No lo creo: de'de que se marchó á Francia, me he ejercitado sin descanso. Ganaré con la ventaja que llevó. No puedes imaginarte, sin embargo, qué mal me siento hácia aquí; hácia el corazón; pero no importa.

HORACIO.

¿Cómo no, señor!

HÁMLET.

Es una tontería. Pero espec'ie de presentimiento que quizás turbará á una mujer.

HORACIO.

Si algo recela vuestra alma, ¡bedeced su impulso: yo haré de manera que no ven gan: diré que os sentis indispuesto.

HÁMLET.

De ningún modo: ¡no creo en agüeros! Una providencia especial interviene hasta en la caída de un pajarillo. ¡Si ha de ser ahora; no será luego: si no ha de ser luego, será ahora; si no es ahora será más tarde! Lo que conviene es estar pronto; y, puesto que nadie sabe qué es lo que deja qué importa desist'lo á tiempo!

Entran el REY, la REINA, LAERTES, OSRIC, sofures y sorvidoras, con espadas, etc.

REY.

Ven, Hámlét, ven, de mí toma esta mano.
(*El Rey une las manos de Hámlét y Laertes.*)

HÁMLET.

Perdonadme, señor: os he ofendido

Mas perdonadme vos, cual caballero. Los que aquí están presentes Saben, y vos sabéis sin duda alguna, Cuán dolorosa excitacion me agita. Si vuestros sentimientos he ultrajado, O herido vuestro honor ó vuestro orgullo, Que fué demencia al despertar confieso. ¡Fué Hámlét, pues, quien ofendió á Laertes! No fué Hámlét; si fuera de sí Hámlét, No siendo e. mismo ser, hiciera ofensa A Laertes, no es Hámlét quien le ultraja; Hámlét lo niega. Y ¿quién lo ultraja entonces? Es su demencia; y vese, de este modo. Que entre los ultrajados está Hámlét: Porque del pobre Hámlét, enemiga Es su propia lecura. Aquí, ante todos, Proclamaré que mi intencion no ha sido Ofenderos; y espero que me absuelva Vuestra alma generosa, y considere Que disparé una flecha que, en mi casa, Vino á herir á mi hermano.

LAERTES.

Satisfecho

Mi pecho está, que es lo que más debia Incitar mi venganza: en lo que atañe A mi honor, sin embargo, me reservo: Reconciliarme no es posible ahora: Personas más juiciosas y sin tacha Deben aconsejarme de qué modo Las paces se han de hacer, para que quede Ileso el nombre mio. Yo hasta entonces Esu amistad que me ofrecéis acepto, Y á ella no faltaré.

HÁMLET.

Cual yo la brindo;

Y con franqueza fraternal ahora Debatiré esta apuesta. ¡Las espadas! Vamos, pues.

LAERTES.

Vamos, pues: dadme á mi una.

HÁMLET.

Laertes, tu blanco soy: con mi impericia
Tu habilidad ha de lucir, cual luce
Brillante estrella en noche tenebrosa.

LAERTES.

De mí os burlais,

HÁMLET.

No tal, por esta mano.

REY.

Osric, da las espadas. ¡Ya tú sabes,
Hámlet, qué apuesta es?

HÁMLET.

Perfectamente:
Por el más débil apostais sin duda.

REY.

Nada temo: tirar á ambos he visto;
Mas, como debe ser hoy más maestro,
Démos esta verriaja.

LAERTES.

Muy pesada
Es esta; permitid que pruebe otra.

HÁMLET.

Esta me gusta. ¿Son del mismo largo
Todas estas espadas? *(Se ponen en guardia.)*

OSRIC.

Por supuesto.

REY.

Sobre esa mesa colocad las copas.

Si es el golpe primero ó el segundo
De Hámlet, ó de un quite en el tercero,
De las murallas los cañones trueneen;
Que el Rey ha de brindar por que de Hámlet
Se aumente luego el ardoroso brio;
Y en la copa echará más grande perla
Que en la corona real de Diamarica
Los cuatro reyes últimos usaron.
Dadme las copas; que el tambor anuncie
Al clarín, el clarín al guardia fuera,
El cañón á los cielos, y los cielos
Á la tierra que el Rey bebe por Hámlet.—
Principiad jueces, concentrad la vista.

HÁMLET.

Vamos.

LAERTES.

Vamos, señor.

HÁMLET.

¡Una!

LAERTES.

¡No!

HÁMLET.

¡Jueces!

OSRIC.

¡Batocadá tridente.

LAERTES.

Bien: sigamos.

REY.

Parad; echadme vino. ¡Tuya es, Hámlet,
La perla: á tu salud.— Dadle la copa.
(Clarines y cañones fuera.)

HAMLET.

Beberé luego; acabaré el ataque.
Vamos; otra estocada.—Tú ¿qué dices?

LAERTES.

Estocada, estocada, lo confieso.

REY.

Ganará nuestro hijo.

REINA.

Ya te falta
El aliento. Ven, Hámlet, y tu frente
Seca con mi pañuelo; á tu fortuna
También la Reina beberá.

HÁMLET.

¡Señora!

REY.

No bebas tú, Gertrudis.

REINA.

Permitidme,

Quiero beber, señor. *(Bebe.)*

REY.

(Aparte.) La copa era.
Que envenené. ¡Ya es demasiado tarde!

HÁMLET.

A beber no me atrevo todavía: *(A la Reina.)*
Después.

REINA.

Ven, deja que el sudor te enjugue.

LAERTES.

Señor, ahora he de darle.

REY.

¡No lo creo!

LAERTES.

(Aparte.) Luchó con mi conciencia, sin embargo.

HÁMLET.

Vamos, Laertes, ven por la tercera:
Te chancas; te ruego que me ataques
Con violencia; sospecho que te burlas.

LAERTES.

No tal; vamos.

OSRIC.

No cuenta, á ningun lado.

LAERTES.

(Ahora al Hiere á Hámlet.)
(Hámlet al sentirse herido arrebatado á Laertes su espada y con ella lo hiere.)

REY.

Separadlos, so enfuraced.

HÁMLET.

No sigamos. *(La Reina cae.)*

OSRIC.

¡La Reina! ¡Ved que ocurre!

HORACIO.

¡Heridos ambos! Mi señor, ¿qué es esto?

OSRIC.

Laertes, ¿qué es esto?

LAERTES.

Nada, Osric; me hallo
Entre las reas que tendí prendido,
Y debo á mi traición mi justa muerte.

HÁMLET.

¿Qué te pasa á la Reina?

REY.

Se desmaya

Al verlos perder sangre..

REINA.

No, no es eso;

Es la bebida, la bebida sólo.
¡Ay, mi querido Hámllet! ¡La bebida!
¡La bebida! Yo me ero envenenada. *(Muere.)*

HÁMLET.

¡Oh infamia vill! ¡Cerrad las puertas! ¡Hola!
¡Traición! ¡Yo la he de hallar!

LAERTES.

Aquí la tienes,

Hámllet: Hámllet, estás de muerte herido;
No hay medicina que salvarte pueda:
Ni media hora tienes ya de vida;
Se halla en tus manos el acero infame
Con punta envenenado: mi vileza
Contra mí revolvió; jamás el suelo
Ya me alzará: tu madre envenenada
Ha muerto. El Rey, el rey es el culpable.

HÁMLET.

¡Con punta! ¡Envenenado! Pues entonces,
Veneno, á trabajar! *(Hierre al Rey.)*

TODOS.

¡Traición! ¡traición!

REY.

Herido sólo estoy: favor, ¡oh amigos!

HÁMLET.

Tu pócima, asesino incestuoso,
(Le hace beber de la copa.)
Maldito, vil Dinamarqués apura,
¿Esta tu perla es? Sigue á mi madre.
(El Rey muere.)

LAERTES.

Su fin es justo. Preparo el veneno.
Recíproco perdón, querido Hámllet,
Nos concedamos: sobre ti no caiga
La muerte de mi padre ni la mía:
Ni sobre mi la tuya. *(Muere.)*

HÁMLET.

¡Que el cielo te perdone! Ya te sigo.
Ya muero, Horacio.—Adiós, Reina infelice!
Y a nosotros que gáldos y mudos
Temblando veis tan espantosa escena
Si el tiempo me alcanzara... (mas, severos
Los plazos son de ese cruel ministro,
La muerte) ¡cuánto retajar podrá!
¡Sea desafiador me siento, Horacio!
Tu vivirás; y narrarás mi historia
A quienes de mí duden.

HORACIO

Más que dinamarqués yo soy
TOMO IXXVIII.

Aquí licor aún queda.

HÁMLET,

Si eres hombre,
Dame esa copa: suelta por el cielo
La has de soltar. ¡Oh, mi querido Horacio,
Cuán oprobioso nombre fuera el mío,
Si ocultos tantos crímenes quedaran!
Si en el fondo del pecho aterrorado
En algún tiempo mi amistad, evita
Esa ventura que apetece: vive!
Llora algún tiempo en este amargo mundo.
Para narrar mi verdadera historia.
(*Marcha lejuna y cañonazos.*)

¿Qué significa ese marcial estruendo?

OSRIZ,

El joven Fortinbrás triunfante vuelve
Ya de Polonia, y su cañon saluda
A los embajadores de Inglaterra.

HÁMLET,

Yo muero, Horacio: la fatal ponzoña
Ya mi espíritu embarga; y ya puedo
Escuchar de Inglaterra las noticias;
Mas profetizo que será nombrado
Rey Fortinbrás; mi voto moribundo
Es para él. Anúncialo, y relíere
De estos sucesos los detalles todos.
A mí me resta ya sólo el silencio. (*Muere.*)

HORACIO,

¿Cuán generoso corazón estalla!
Príncipe amado, adiós! ¡Que á tu descanso,
Los angeles cantando te acompañen!—
¡Por qué el tambor se acerca, hasta este sitio?
(*Marcha dentro.*)

Entran FORTINBRÁS, Embajadores de Inglaterra y
otros.

FORTINBRÁS,

En dónde está

HORACIO,

¿Qué es lo que ver así ais?
Si es escenas de horrores y de espanto,
Permaneced aquí.

FORTINBRÁS,

¡Matanza horrenda!
Soberbia muerte qué festín preparas
En tu eternal mansion; que furibunda,
De un solo golpe aquí sangrienta postras
Tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR,

¡Horrible
Espectáculo es! y llegan tarde
Las nuevas de Inglaterra, pues no pueden
Dir esos oídos de nosotros
Que cumplidas sus ordenes quedaron,
Y Rosen crantz y Guillenstern murieron.
¿Quién nos dará las gracias?

HORACIO,

No su boca
Aunque vivo estuviera; tales muertes
El no ordenó jamás. Pero supuesto
Que en esta sangrienta instante habéis llegado,
De la guerra polaca vos, vosotros
De Inglaterra ordenad que se coloquen
En negros catafalcos los difuntos,
Y se expongan al público á la vista.
Yo he de decir al mundo, que lo ignora,
Cuanto ha ocurrido: escuchad vosotros
La narracion de infamias, de sangrientos
Actos contra natura, de casuales
Juicios y accidentales homicidios.
De muertes con astucias proyectadas,
De planes que frustrar quiso la suerte,
Recayendo el castigo, que era justo,
En sus propios autores: todo esto
Debo explicar.

FORTINBRÁS,

Al punto hemos de oírlo,
¡que vengan los nobles á escucharos.

En cuanto á mí, con pena á mi fortuna
Los brazos abro; tengo hácia este Reino
Históricos derechos, que mi suerte
Me impulsa á reclamar en tal instante.

HORACIO.

De eso también hablar me corresponde
Y publicar su consignado voto,
Que otros despues arrastrará consigo,
Mas haced lo que he dicho sin tardanza,
Que agitado se encuentra el pueblo entero;
No ocurran más desgracias, más horrores.

FOETIBRAS.

Como á guettero, cuatro capitanes.
A Hámlet llevarán al catafalco.
¡Hubiera sido si reinado hubiera
Un excelente rey! Que le acompañe
La música marcial: guerreros ritos
En su honor se efectúen. Estos cuerpos
Llevaos de aquí, que semejante escena
Es más propia de un campo de batalla;
Ordenad que descarguen los soldados.

(Marcha fúnebre. Vanse llevando los cadáveres: después se oyen disparos.)

FIN.